

Los nietos de Woodstock

Fernando Sánchez Alonso

Son los nietos de los que asistieron al festival de Woodstock de 1969. Solo que ya no entonan baladas de Joan Baez, ni se encajan coronas de flores, ni predicán la paz con una brumosa sonrisa de beatitud lisérgica. Por eso, hoy la mayoría prefiere el nombre de alternativos o el de la *rainbow family* (la «familia del arcoíris»). Coinciden, sin embargo, en la misma pretensión de sus mayores: encontrar un lugar en que caerse vivos junto a la naturaleza. Con cierto orgullo proclaman que no se han dejado envenenar por las ilusiones de Babilonia, personificación para ellos del dinero, de la urbe, de la deshumanización, del consumismo.

«No me siento libre con un trabajo fijo», confiesa Moona. «Y por encima de todo yo valoro la libertad». Moona es una italiana veinteañera que dice compartir los valores de la *rainbow family*: paz, amor, libertad, espiritualidad y respeto a la naturaleza. «Por eso he venido a Beneficio», reconoce.

Aislados entre montañas, sin agua corriente y sin luz eléctrica (pocos tienen en sus viviendas paneles solares), estos ermitaños modernos decidieron un día recrear su versión del paraíso. De modo que adquirieron tierras en propiedad y construyeron casas. Fue así como Beneficio, dentro del Parque Natural de Sierra Nevada, daría origen a la comunidad alternativa más antigua de la península ibérica y a la más grande de Europa, una comunidad abierta a todo el mundo en la que no se discrimina a nadie.

«Es verdad que Christiania, en Copenhague, tiene más gente que Beneficio, pero su filosofía no es *rainbow*, sino anarquista», precisa Kalpeshwar Giri, un *sadhu* alemán al que en Beneficio todos llaman *baba*, «padre» en hindi, y que es, ade-

más, el sanador de la colectividad. Este monje shivaíta —que ha permanecido largas temporadas en la India— estudió diez años Indología en la Universidad de Tubinga y habla cinco lenguas modernas, aparte de sánscrito, hindi, pali y védico. Ha estado meditando durante dos años. «Me alimentaba solo de té. No hemos nacido para comer, sino para ser», razona.

Baba explica que en Beneficio no se prohíbe la entrada a nadie ni se cobra por acceder, algo que sí ocurre en otras comunidades, como en la portuguesa de Tâmera. Tampoco se expulsa a sus miembros, salvo que causen problemas muy graves. «Esto distingue también Beneficio de Matavenero, en León, donde hay otra comunidad alternativa, mucho más pequeña que Beneficio, y donde viví una temporada», puntualiza. «Allí solo puedes estar quince días. Luego tienes que irte. Si quieres quedarte más tiempo, alguien de dentro tiene que apadrinarte. En cambio, Beneficio no tiene muros ni derechos de admisión».

Esta comunidad se fundó en 1987. John e Yvonne, una pareja de ingleses, fueron los primeros en asentarse allí «tras un encuentro internacional *rainbow*», recuerda Stefania, una italiana de gesticulación caudalosa. Esta es la versión más difundida, pero Marko, concertista alemán y el miembro más antiguo de la comunidad, se siente autorizado a corregirla: «John e Yvonne vendrían después. Quienes de verdad fundaron Beneficio fueron una pareja de catalanes, que compraron el antiguo cortijo del mismo nombre y las tierras de alrededor. Yo estuve con ellos el día de la inauguración, por decirlo así. Éramos cinco. Ahora somos unas 250 personas fijas».

Y aunque esta Arcadia hippy —cuya *lingua franca* es el inglés— no figuró ni entonces ni ahora en los mapas, pertenece al término municipal de Cáñar (Granada). Precisamente antes de llegar a esta localidad se dibuja un camino de tierra que se retuerce entre baches y malezas hasta transformarse en una llanura pedregosa, en cuyos extremos se ven furgonetas y caravanas de muy diversa procedencia. Son los *new age travellers*, los nuevos viajeros, y constituyen el prólogo de Beneficio.

En esta explanada hay que estacionar el coche, porque dentro de la comunidad, en pleno bosque, están prohibidos los vehículos. Otras pocas normas más rigen la conducta de esta *rainbow family* integrada por quince nacionalidades que, aparte de los hijos, ha llegado a acoger a unas 300 personas más. «No se permiten el alcohol, las drogas duras, las armas, los perros en las zonas comunes, el papel higiénico, el maltrato a la naturaleza, ni construir casas sin permiso de los vecinos», recita de un tirón Stefania.

Esta italiana es otra de las veteranas de Beneficio. «Llegué aquí hace once años para parir a mi segundo hijo debajo de un árbol. Hoy van a las escuelas de los pueblos próximos». Stefania elabora piezas de artesanía, fundamentalmente *chilos*, pipas para fumar marihuana, uno de los más aireados atributos de la cultura hippy. «Bueno, no somos exactamente *hippies*», sonríe, «pero entiendo que de alguna manera tienen que llamarnos». Como al alemán Marko, muchos la consideran la jefa, algo que ella rechaza: «Aquí somos todos iguales y tomamos las decisiones por consenso». En breve abandonará la comunidad para cuidar de su madre, ya anciana, y confiesa no sentir miedo de volver a un mundo cuyos valores no comparte: «Si cambias de vida una vez, los cambios ya no te asustan».

Justamente el cambio es la única constante en Beneficio. Por ejemplo, dependiendo de la estación del año, la población aumenta o disminuye. Lo único que no ha variado nunca es la dificultad de acceder a

este pequeño valle erizado de eucaliptos, pinos y chumberas entre los que menudea un sarpullido de casas de paja, de cabañas de madera, de tiendas de campaña, de tipis indios y de yurtas mongolas.

«Aquí hay muchos que van y vienen, gente de todo tipo, desde el más espiritual hasta el menos», declara Silvia, una barcelonesa de 29 años que dejó novio, piso y trabajo por Beneficio, donde afirma ser feliz, a pesar de que a veces no es fácil la vida en el valle. «Las dificultades de toda convivencia», acota.

En un calvero del centro del valle, se yergue un enorme tipi —una vivienda que imita las tiendas de los indios norteamericanos y cuyo interior está decorado con motivos religiosos orientales— donde se tocan instrumentos musicales, se canta y se come asambleariamente, pero solo alimentos vegetarianos, porque allí la carne y el alcohol están prohibidos. Este lugar se llama *the Big Lodge*, el «gran tipi», y es el *sancta sanctorum* de la comunidad, al que hay que entrar descalzo. Dentro sus miembros se sientan en alfombras dispuestas en círculo alrededor del fuego sagrado y, si hay algo que dirimir, se van cediendo el *talking stick*, el «bastón de la palabra», para que cada cual emita su opinión sobre el asunto que los ha reunido. «Es una práctica de los indios norteamericanos. Así también se les dice que se marchen a los pocos que dan problemas», remata Silvia.

«Solo pedimos respeto a quien venga», tercia Peter, el compañero de casa de Silvia, un eslovaco de 24 años que ha construido su vivienda con pacas de paja. «Me ha costado 200 euros y no tengo que pagar hipoteca».

Los habitantes de Beneficio se ganan los garbanzos aparentemente sin ansiedad. Los menos reciben algún dinero de sus familias; muchos visiten ropas que les regalan y aceptan las verduras y hortalizas que desechan en los mercados. La mayoría vive bien con quince euros a la semana, unos ingresos que obtienen vendiendo artesanía o tocando música en los pueblos de la comarca.

Bajo la sombra lánguida y quebradiza de un eucalipto, Uni entona una canción india que parece sugerir una nostalgia de las praderas. Uni es una francesa que participó en el Mayo del 68, integró la comuna *hippy* de Ibiza —que abandonó «cuando se pervirtieron sus ideales»— y convivió con tribus indígenas del norte y del sur de América. «Queda poco de aquellos tiempos», valora a sus 65 años. «El mundo ha cambiado mucho. Pero todavía hay gente que lucha pacíficamente para que todos suframos un poco menos cada día».

Ese es uno de los ideales de Beneficio, y por eso allí abundan los huertos ecológicos comunitarios y letrinas en las que los excrementos se transforman en abono para los frutales, de ahí que se prohíba el uso del papel higiénico. Hay también viviendas construidas según los principios de la permacultura; pero, sobre todo, hay agua. Esta proviene de una cascada que se estira al fondo del valle y zigzaguea después entre la vegetación ruidosa hasta recluirse en una poza nutrida por un caño al que los habitantes de Beneficio arriman las bocas de las garrafas.

«Esta es agua potable. La de los regatos solo vale para lavar», diferencia Kalpeshwar Giri, el *sadhu* alemán que ahora mismo se dispone a fumar una pipa de marihuana. «El cannabis está permitido en el shivaísmo. Es un elemento religioso». *Baba* infla los pulmones con el humo de la *maría* y después, a la pregunta de

qué es Beneficio, responde sin dudar: «Beneficio es una escuela de vida y una terapia. Aquí aprendes a respetar al otro y a respetarte a ti mismo, porque no tienes excusas a las que agarrarte».

Fiona penó mucho los primeros meses. «La vida en la naturaleza es muy dura al principio», admite. Hija de irlandeses y nacida en Zimbabue hace 54 años, Fiona ha sido bailarina profesional de ballet clásico. No echa de menos los aplausos del público, pero «sí a mis hijos, aunque vienen a verme». Fiona vive en un pequeño tipi, entre libros y recuerdos. «Me encuentro muy segura en Beneficio. En África tenía que cerrar todas las puertas y ventanas», se despide.

De hecho, sus habitantes solo las cierran cuando marchan a Órgiva, la capital de la Alpujarra granadina, a unos cinco kilómetros del valle. Cuando despachan sus asuntos, visitan el restaurante Baraka. En este local abundan los platos vegetarianos y no se sirve alcohol. «Por eso me gusta venir», dice Helena, una rumana *hippy* que vende sus cuadros en Órgiva. «Aquí siento una especie de música interior que no he sentido en otros restaurantes del mundo».

Adán sudó para ganarse el pan cuando abandonó el paraíso. Estos nietos de Woodstock no se han movido de allí. O al menos, aseguran sin excepciones, siguen con un pie dentro.

© Fernando Sánchez Alonso

Reportaje (fotos y texto) publicado en *MG Magazine* de *La Vanguardia*, 12 de julio de 2015, con el título «El paraíso *hippy* de Europa», y en el n° 2072, 11-17 enero de 2016, de la revista *Interviú* con el de «El valle de los últimos *hippies*».

www.fernandosanchezalonso.com